

LA EVOLUCION DE LAS FIESTAS EN LA COMARCA DEL RIO MULA A LO LARGO DEL TIEMPO

JUAN GONZALEZ CASTAÑO

En este trabajo sobre Antropología Cultural de la Región de Murcia, nos hemos ceñido al territorio de la actual Comarca del Río Mula, compuesta por los municipios de Albudeite, Bullas, Campos del Río, Mula y Pliego y varias aldeas, cuyos nombres irán apareciendo a lo largo de estas páginas; en total, algo más de 809 km² del territorio murciano, unido, desde los siglos medievales por lazos económicos y geográficos, pese a que, los diversos pueblos, bascularon entre señores laicos, casos de Albudeite, Campos del Río y Mula, y las encomiendas de las Ordenes Militares, el resto.

Las fiestas, en su esencia más pura, se articulaban como descargas emocionales periódicas, que servían para suavizar las tensiones acumuladas por periodos de intenso trabajo o de dureza estacional. Se sucedían a lo largo del año, de modo que permitían la adaptación de los hombres a unos periodos de acumulación-explotación que encajaban unos en otros.

Las fiestas solían tener como excusa y centro a un santo determinado, aunque, en algunas celebraciones, puedan rastrearse matices paganoides o una insuficiente cristianización.

Estas celebraciones son herederas directas de sentimientos y actitudes a caballo entre el Renacimiento y el Barroco, pero que se fueron enriqueciendo a lo largo del tiempo. Son, también, una enrevesada amalgama donde todos se relacionan con todos y donde la transmisión de mensajes, importantes o no, crean un «ambiente festivo».

Toda fiesta tiene dos vertientes: la sacra y la profana. Muchas veces, la

primera es excusa para la segunda, siendo difícilísimo, en ocasiones, separar una de la otra.

La fiesta hubo de salvar, a lo largo del tiempo, las trampas que, en forma de prohibiciones o fuertes restricciones, le impusieron desde el poder. Era la ventaja que tenía la cultura elitista frente a la popular. Así ocurrió, por ejemplo, con la real orden de 1777, por la que se prohibían en todo el país los disciplinantes y empalados de las procesiones de Semana Santa y de la Cruz de Mayo; los bailes en las iglesias, atrios y cementerios. O con la prohibición de pegar tiros al aire con arcabuces el día del patrón...

Otras veces ese poder, esa «cultura culta», intenta domesticar algunas costumbres festivas que le son claramente hostiles, caso del toque del tambor y de los «nazarenos de la broma» durante el franquismo, ya que, como veremos, se le pone a cada tambor un sello, por el que su propietario puede tocarlo «con permiso de la autoridad».

Otras muchas veces, la sabiduría popular disfraza la fiesta profana de religiosa, y la dota de una capa sacra, para que no encuentre oposición entre las altas esferas eclesiásticas, caso del «Encuentro» y del «Judas» de Albudeite.

Como consecuencia de todo lo dicho, pero, sobre todo, por el proceso uniformador de la cultura occidental al que estamos abocados; por el triunfo de nuevos modos de vida, que dejan obsoletos algunos festejos; por la falta de interés de los hacedores de los mismos, del pueblo en suma, las fiestas tradicionales de nuestra Región están desapareciendo o adulterándose a marchas forzadas.

Son loables los intentos que desde los órganos autonómicos y desde los municipios se están haciendo para



revitalizar, unas veces, y revivir otras, manifestaciones ancestrales, lo que demuestra un mayor interés, una sensibilización evidente, entre los dirigentes murcianos, aunque la pregunta lógica surge inmediatamente, ¿habremos llegado demasiado tarde...?

Seguidamente, vamos a analizar, de forma breve, el ciclo festivo de una comarca que hemos estudiado en profundidad desde hace más de una década: la del Río Mula, entre fines del siglo xv y la actualidad, que puede servir de prototipo investigador para introducirse en la atractiva tarea de recoger los restos del naufragio de la cultura tradicional en nuestra área geográfica e intentar preservarlos. Para ello, hemos dividido un año ideal en los dos grandes ciclos propugnados por Julio Caro Baroja: el de Invierno (Otoño-Sábado de Gloria) y el de Verano (Domingo de Resurrección-Otoño) (1).

LA NAVIDAD

Hasta los cambios efectuados en fecha reciente, consistentes en adoptar, de forma lenta, pero cada vez más evidente, las costumbres europeas del árbol de navidad y de celebrar San Nicolás, los días navideños se conmemoraban con la instalación del popular belén, que se convertía en el centro de la vida del hogar, ante cuyas puertas solían pedir el «aguinaldo» grupos de perso-

nas de extracción humilde, que eran obsequiados con los dulces del tiempo: mantecados, escaldados, tortas de Pascua..., y, rara vez, con algunas monedas; a cambio, cantaban villancicos populares, ayudados por guitarras, bandurrias, almoreces, etcétera.

También con estos instrumentos eran acompañados los cuadros de las Animas, que salían por Mula y por los campos desde el día 25 al 28 de diciembre, a hombros de los hermanos de la cofradía, para recoger limosnas en especie, que se subastaban la tarde del último día a la puerta de la iglesia, quedando el dinero conseguido para la hermandad. Hoy, sólo se les da dinero, aunque de un modo muy curioso. Una persona cualquiera, una vez que va a unos metros de ella el cuadro, dice, por ejemplo, «veinte duros porque vuelva el cuadro» y, al punto, es vuelto en su dirección, pagando la cantidad ofrecida a un hermano.

Asimismo, unidas a las Cofradías de las Animas del Purgatorio, desde el siglo xviii (momento álgido de la devoción a los difuntos que se hallan en ese infierno pasajero) o tal vez antes, aparecen las figuras de los «Inocentes», elementos graciosos que, con distintos nombres, se dan en muchos lugares de España, pero, sobre todo, en las zonas de Albacete, Granada, Jaén y Murcia, cuya misión es la de recaudar, de modo desenfadado, dinero para esas asociaciones. El último que aún permanece de



Representación de los Reyes Magos en El Niño de Mula, 1989.

modo casi milagroso en nuestra comarca es el de la Copa de Bullas, mas antes los había en bastantes pueblos de nuestra Comunidad Autónoma.

Así, los Inocentes de Albudeite se manchaban la cara con tizne de sarthenes, llevaban una especie de mono ceñido de color rojo fuerte y un bote en la espalda, sujeto por una cuerda de esparto, en el que echaban el dinero recaudado. Puestos en las dos puertas de la iglesia, pedían limosna, golpeando con un cordel a los que se negaban a darla. Su antigüedad se remonta al año 1772, como mínimo (2).

También era corriente hacer dos tipos de espectáculos de importante repercusión social. Nos referimos a las pastoradas y a los «juegos». Las primeras desaparecieron de Mula en el último tercio del pasado siglo y eran muy similares a las existentes en Castilla. Consistían en reunirse un grupo de pastores en las iglesias y durante la concurrencia misa de maitines saltar y bailar desaforadamente. Luego, simulaban que comían unos gazpachos, acompañados por tragos de vino.

Los juegos eran típicos de esta época del año, muy dada a reuniones en locales cerrados, aunque no se daban en exclusiva en nuestra tierra, pues, incluso, se rastrea su presencia en Francia, concretamente en las cercanías de Lille (3). Consistían en repentizar un entremés entre cua-

tro o cinco personas, vestidas de forma cómico-estrafalaria, sobre los temas más dispares, sin tabúes, entre los que sobresalían las alusiones sexuales, ante la hilaridad del público asistente.

El día 31 de diciembre por la tarde o el primero de enero por la mañana, se hacían en los pueblos los «adagios», llamados «echar las penas» en Albudeite. Para ello, se colocaban en una olla los nombres de los mozos y mozas en edad de ser novios y en otra los de los animales y objetos más disparatados. Un muchacho se cuidaba de sacar, simultáneamente, un papel de cada recipiente y emparejarlos ante el jolgorio de los presentes.

Durante la festividad de la Epifanía tenían lugar en los lugares comarcanos las representaciones de «Los Reyes», una de las doce partes, la quinta, en que se dividía el libro, en estilo popular, escrito por Gaspar Fernández Avila en 1784. La edición murciana de 1877 era la que servía de guión en la puesta en escena.

Los personajes que intervenían eran:

La Virgen con su Niño
Los tres Reyes Magos
El Rey Herodes
Un centurión
Jusepe, pastor
Rebeca, pastora
Acompañamiento
Música

A ellos, el pueblo añadió otros, como el demonio que tienta a Herodes para que mate al Niño; o la Estrella que guía a las Magos, y que era una niña vestida de comunión con una varita rematada en una estrella. Afortunadamente, tras un largo paréntesis, se ha vuelto a hacer la representación en varias aldeas, como la de El Niño de Mula o la de la Copa de Bullas.

Según el refrán, con San Antón se cerraba la Navidad. Este santo protector de los animales fue muy querido en un medio como el de esta comarca, de marcada ruralidad. Poseyó una ermita en Mula hasta mediados del siglo XIX y, actualmente, se quiere levantar otra en su honor en La Copa de Bullas. En este lugar y en la aldea de Fuente de Librilla, al sur de Mula, se bendecían a los animales en ese día, que era festivo para ellos, siendo corriente se rifase entre los vecinos el «Cerdico de San Antón», el cual había sido regalado al santo por un devoto en la primavera pasada y que, alimentado por el común del vecindario, como sucedía en tantas partes del país, era sacrificado por el feliz poseedor de la papeleta.

No podemos acabar este apartado sin mencionar la existencia de una curiosa figura, a la vez que controvertida, de la que ya Julius Klein hace mención en su conocido libro (4), nos

referimos al «Rey Pájaro» o «Conde», del que se rastrea su presencia en numerosas localidades de España durante la Edad Media y parte de la Moderna.

La primera noticia de este depredador de corrales y de ganados mesteños se remonta, en Mula, al año 1487, en que el juez entregador de mestas, Alonso de Castro, sentencia que los ganados del Honrado Concejo podrán ir libremente por los términos muleños «(so pena) de dos mil reales (de multa) a cualquiera persona que de rey pajaro o de conde se intitulara e de algunos ganados estrangeros res o reses de ganado tomare...» (5).

Un posterior documento indica cómo era el mamarracho que traían los protagonistas de esos hurtos «...un pajaro con los pechos verdes en una lanza, que aquel decía era el rey pajaro» (6). Aquellos eran capitaneados por un muchacho disfrazado de pájaro o de conde, antepasado evidente de los «reyes de mozos» o de los «reyes de los pastores» descritos por Julio Caro Baroja (7), el cual guiaba a otros zagales a la captura, entre pícara y ritualizada, de aves u ovejas para su consumo inmediato durante las fechas navideñas, cuando los ganados transhumantes de La Mancha descansaban en los pastizales muleños.



El diablo tienta a Herodes. Representación de los Reyes Magos en El Niño de Mula, 1989.

DE LA CANDELARIA A SANTA AGUEDA

Los primeros días del mes de febrero estaban marcados por la apoteosis del fuego a lo largo y ancho de la comarca. Efectivamente, al igual que aún sucede en lugares del norte de Andalucía, sobre todo de la provincia de Jaén, los mozos y mozas salían, y todavía salen en la zona de Bullas, a los montes a encender grandes hogueras, llamadas «castillos», en torno a las cuales saltaban y bailaban, en un claro rito purificador. Y es que el primero de los días, la Purificación de la Virgen (el 2 de febrero), es una jornada de luz y fuego, que, antiguamente, se resumía en las procesiones, con fieles con candelas encendidas, que salían en los pueblos. La más antigua era la de Mula, ya desaparecida, que se rastrea en el siglo xvi (8).

Tanto este día como el siguiente, San Blas, una mujer que lo tenía ofrecido llevaba a bendecir una torta a la iglesia y, a continuación, la subastaba entre los asistentes, quedando el dinero recogido para la Cofradía de las Animas.

En la Candelaria se representaba en las aldeas de la zona la «Degollación de los Santos Inocentes», coloquio octavo del mencionado libro de don Gaspar Fernández, en el cual se escenificaba la persecución de los niños de la edad de Jesús por Herodes y el señalamiento que el ladrón Dimas y dos compañeros hacen a la Sagrada Familia del camino para escapar de la terrible orden del rey.

La fiesta de San Blas era conmemorada por los chiquillos que, adornados los cuellos con los tradicionales «samblases» de barro y seda, eran enviados por sus madres a la iglesia para que el cura los bendijese y quedaran, así, preservados de las enfermedades de la garganta, sobre todo de la difteria, durante todo el año.

EL CICLO DE CARNAVAL-CUARESMA

Como señala Caro Baroja, «...sin la idea de la Cuaresma (Quadragesima), no existiría (el Carnaval) en la forma concreta que ha existido desde fechas oscuras de la Edad Media europea...» (9).

En nuestra comarca, el Carnaval debió de comenzar a celebrarse ya en el siglo xvi. A esos días de locura se intentaba poner tasa por medio de bandos de buen gobierno, dictados por el alcalde mayor de Mula, como en 1600, cuando prohibió, bajo multa de 2.000 maravedís y 20 días de cárcel, que se llevase armas y que se

arrojaran inmundicias y cortezas de naranja a los que fuesen a caballo (10). Las fechas elegidas eran los tres días previos al Miércoles de Ceniza, teniendo, más modernamente, un apéndice en el «Domingo de Piñata». Se bailaba frenéticamente en calles, casas y casinos, y se denunciaban los hechos más escandalosos de la actualidad local y nacional por medio de comparsas, que cantaban canciones con letras atrevidas, amparadas en las músicas del momento. La noche del martes era la «de Reventón», en la que, luego de una pantagruélica cena, se tomaba chocolate con churros y buñuelos sin cuento.

En Albudeite, se celebraba el «Santo Manifiesto», consistente en ir las mujeres a la iglesia a rezar por la mañana, pues creían que el demonio andaba descontrolado esos días. Pero, por la tarde, no cabe duda de que Satanás ganaba la partida...

Tras la última guerra civil y las prohibiciones del régimen vencedor, el Carnaval feneció en todos los lugares comarcanos, sin que, hasta la fecha, se haya logrado recuperar.

Después de la alegría, la seriedad cuaresmal, el ayuno y la abstinencia del Miércoles de Ceniza; las prohibiciones de hacer músicas y de bailar; el recogimiento y la meditación; la fustigación de los pecadores por los curas desde los pulpitos; las penitencias colectivas...

Como culmen, la Semana Santa. Luego de la procesión de las palmas y la fijación de éstas en las rejas y balcones, como protección para los rayos, venían los tres días de dolor por la muerte de Cristo. En casi todos los pueblos importantes de la zona salían procesiones el Miércoles, Jueves y Viernes Santo. La más antigua documentada es la del Jueves Santo en Mula, que se sacaba de la ermita de Santa María de los Olmos a mediados del siglo xvi. En 1574, vista la incomodidad de la carrera por fuera de la población, ordena el Ayuntamiento que siga el itinerario de la del Corpus (11). Esta misma procesión se llamaba del «Entierro» o «de la Sangre de Cristo» en Albudeite, y en ella salían penitentes en actitudes forzadas (12). Desapareció hace muchos años.

Viernes Santo es día de visita a los «monumentos» situados en las iglesias. Estos recordatorios de la muerte de Cristo se adornaban con flores, ropas de hermosos colores y con, lo que hemos denominado, «tortas de semillas», que se hacían colocando trigo, alpiste, guijas, maíz y otras semillas entre dos capas de estropajo una quincena antes de la Semana

Santa. Puestas en lugar oscuro, eran regadas con agua templada. En ese tiempo, comienzan a germinar y a unirse fuertemente. Las tortas, que siempre eran llevadas por mujeres, pues ellas son las protagonistas de la fertilidad en la raza humana, para que la presencia de Dios las dotara de poderes germinadores, eran guardadas con devoción, luego de su permanencia en el monumento.

Una vez vista la vertiente sacra del festejo, pasemos a estudiar la profana. En la ciudad de Mula tienen lugar dos actos que, juntos, podrían sugerir un rechazo de lo establecido, de la tradicional unión en España de la Iglesia y el Estado. El primero, que se rastrea ya en el siglo XVII (13) estaba protagonizado por los «nazarenos de la broma». Eran muchachos que iban armando bulla y embromando a las zagalas, vestidos de nazarenos, horas antes de reunirse en los templos para salir en la procesión. Lo que podría implicar una clara irreverencia, rayante en la burla, a las particulares jornadas que se vivían.

El segundo es la fortísima tamborada que, entre las cero horas y las catorce del Miércoles Santo, aunque ahora se haya ampliado a algún otro día, tiene lugar por todo el pueblo, a partir de la concentración de tamboristas, vestidos con túnicas y capirotos negros, en la Plaza del Ayuntamiento, bajo el reloj concejil, y tras el toque de atención, impartido por varias cornetas desde los balcones del Ayuntamiento.

Esta tradición, que no se puede rastrear antes del primer tercio del siglo pasado, parece ser una protesta a lo impuesto por la religión en íntima unión con el poder civil. Efectivamente, las ordenanzas municipales de 1860, en el apartado segundo del título primero, decían textualmente: «Desde el Jueves Santo, celebrados los divinos Oficios, hasta el sábado siguiente después de tocar á Gloria, no podrán andar carruages por las calles, ni hacerse ruidos...» Ante imposiciones como ésta, era lógico que el pueblo, la masa que no entendía tanta disciplina por alguien muerto hacía más de dieciocho siglos, se «rebelase» contra el cese de la alegría en la Cuaresma, agravada en esos días de Semana Santa, y protestase de modo ruidoso, vísperas, precisamente, de los momentos álgidos de la Pasión.

Los tambores vinieron a sumarse a los nazarenos, ya evolucionados, pues daban bromas con flores y caramelos durante el Jueves y Viernes Santo. Ambos fueron prohibidos en ocasiones, como durante la Dictadura de Primo de Rivera; y los se-

gundos, definitivamente con el Franquismo, acusados de irreverentes. La tamborrada pasó por momentos delicados. En los años cincuenta y sesenta, el Ayuntamiento se sacó de la manga un impuesto para tocar, el impopular sello, que se fijaba en el tambor, en un intento de domesticarlo, pero los mozos se ocultaban de los guardias municipales, que se empeñaban en sellarles las cajas. A su manera, seguían protestando. Hoy la tamborrada ha sido declarada de interés turístico, pues, junto con el cercano municipio de Moratalla, son las dos únicas localidades de la región murciana que baten tambores.

LA LLEGADA DEL BUEN TIEMPO

La Resurrección de Cristo el Sábado de Gloria era festejada con disparos de armas de fuego, ruptura de objetos de loza y con el volteo de todas las campanas de las ciudades. También se acostumbraba en nuestra zona, como sucedía en tantas partes del país, a colocar una enramada de naranjo, limonero o de cualquier otro árbol, de la que pendían cintas de colores, caramelos y otras golosinas, en la reja de la amada. Aquí se quedaba el mozo guardándola toda la noche, para que no fuese quitada por otro pretendiente y colocara en su lugar algún objeto o sustancia desagradable.

En algunas localidades, como Casas Nuevas, Mula, La Copa, etc., esta ceremonia tenía lugar el Domingo de Ramos. En la última de ellas, al ramo se añadía un pañuelo, que significaba que la muchacha tenía novio formal.

El Sábado de Gloria marcaba el inicio de las peleas de gallos en las cinco o seis gallerías de Mula, la más grande de las cuales era la de Hita, que tenía, hacia la primera década del siglo actual, capacidad para quinientas personas. Estas luchas, desaparecidas en los años veinte, fueron reglamentadas por el alcalde de la ciudad en 1883.

En Albudeite, se inicia la tarde de ese día una ceremonia que tendrá su cenit a la mañana siguiente, con la quema del «Judas» (14). Un mozo pide al alcalde su vara de mando y se constituye en «alcalde del ramo». Indica a un grupo de muchachos dónde cortar ramas de olmo, álamo, eucalipto y otros árboles, que apilan a la entrada del pueblo.

Por la noche, comienzan a enramar la plaza, llevando ramas a las casas de los principales de la villa, para solicitar una limosna ante la deferen-



El «Judas» de Albudeite, año 1986.

cia que, también, piden a los que quieran pasar por la plaza tras vestirla de ramas. Esas aportaciones quedaban antes para las Animas y, ahora, para el equipo de fútbol local o para una comida para los mozos.

Luego, por la mañana, aparece entre el follaje el «Judas». Se presenta vestido correctamente, va repleto de paja o de ramitas secas, de petardos y carretillas, y porta uno o varios carteles en el pecho, que indican que es culpable de tal o cual pecado o delito.

Sobre las once y media, tras la misa mayor, sale una procesión de la iglesia. La abre el Corazón de Jesús, seguido por San Juan Evangelista, que guía a la Virgen de los Remedios, patrona de la villa. En una bocacalle dada, se separan y se reencontran en la plaza, aunque cada cual por una calle distinta. Aquí, el Corazón de Jesús hace tres reverencias a la Virgen, que ésta devuelve. A continuación, son metidas en el templo y comienza la quema y arrastre del pelele, la verdadera fiesta, cuyos restos acaban en el río.

Poco después, empieza a desmontarse la enramada, cuya madera era antes vendida a los hornos y, ahora, por ser eléctricos, acaba tirada en el río.

La interpretación es casi evidente. El Judas, como en otros sitios del

país e, incluso, de Hispanoamérica, representa el fin de la Cuaresma-Semana Santa, el fin de las prohibiciones y de las abstinencias. El adorno de la plaza, la entrada del buen tiempo, que, en nuestra Región, llega uno o dos meses antes que en la Meseta. Y la procesión, tal vez sea la pátina de cristianismo que los de este pueblo (de honda tradición mudéjar) necesitaban para que nadie viese en la quema y en el enramamiento algo desviacionista o prohibido por la Iglesia.

Ambos festejos, unidos, constituyen una de las manifestaciones más puras del folklore murciano en la actualidad.

SAN MARCOS

Este santo, a quien el pueblo relaciona con el agua, se festeja en la Comarca con salidas de excursión para comerse la «mona» y con el rezo de los 33 credos, número cabalístico que se repite en diversos ritos y conmemoraciones. A lo largo de su celebración, las mujeres paseaban por los caminos de la huerta con piedrecitas en los bolsillos para rezar los credos. Antes de hacerlo, decían la siguiente oración: «San Marcos bendito treinta y tres credos te deposito, ni te los doy ni te los quito, por si a la hora de mi muerte los necesito.» Tras esto, los rezaban e iban tirando una a una las piedras. Para que surtieran efecto, era condición indispensable que no se volviese por el mismo camino (15).

En Albudeite, las mozas salían por la orilla del río e iban haciendo nudos en las junqueras, pues pensaban que así ataban al demonio.

LA CRUZ DE MAYO

La devoción a la Cruz, personificada en la de doble brazo de Caravaca, estará poco arraigada en nuestra zona (hoy ni se celebra). Cierto que se hacían rincones dedicados a la Cruz en el interior de casas y en rejas, pero se realizaban de modo inconstante, aunque estos lugares fueran lugares de cita de las parejas, donde se bailaba y cantaba. Los únicos sitios en los que se hizo algún tipo de fiesta fue en la aldea de La Puebla de Mula y en Pliego. En aquella, el cura iba al río y sumergía la cruz parroquial en la corriente, bañándose en ese momento la gente, pues creía que el agua adquiría propiedades salutíferas. El lugar donde se realizaba el rito es conocido aún por «Vado de la Cruz». En Pliego, era inmersa la cruz en «Los Caños», de donde se abastecía el pueblo de agua potable.

SAN ISIDRO

Este santo es de reciente advocación en la Comarca, pues se instauró en Mula en 1955 y en Pliego hace unos siete u ocho años. Su día es celebrado con procesiones y con desfiles de carrozas, en las que van chicos y chicas vestidos con el traje regional. De tiempo en tiempo, desde esas plataformas móviles se leen por los micrófonos bandos, semejantes a los ya comentados de Carnaval, en dialecto murciano.

Al finalizar la procesión, el santo recibe ofrendas de los desfilantes, que consisten en panes, arroz, garbanzos, botes de alimentos..., para que los acepte y cuide que las cosechas sean buenas.

SAN ANTONIO

Las fiestas de este santo eran muy celebradas en Mula desde fines del siglo xvi. El concejo solía ser una aportación para confituras para los principales personajes asistentes a las gradas que, de madera, se levantaban en la plaza pública para ver las conocidas fiestas de toros y cañas, cuyas raíces se hunden en época musulmana (16).

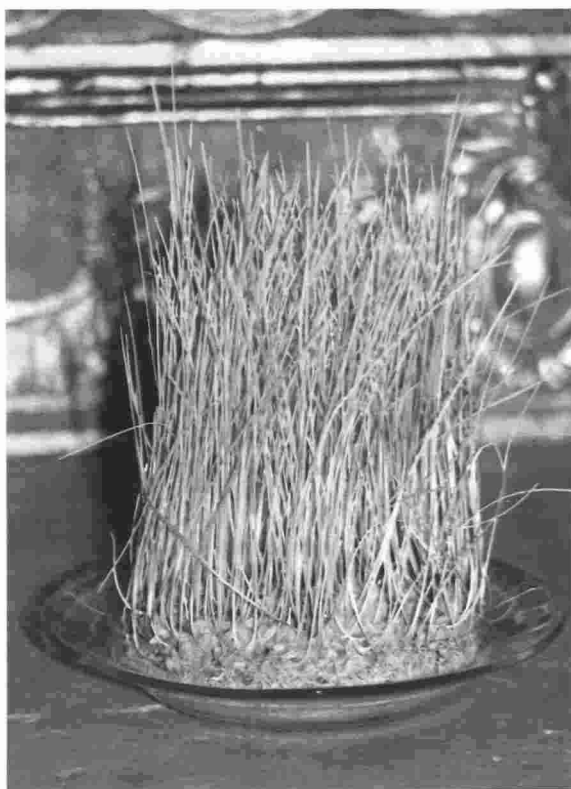
De todos modos, la conmemoración de San Antonio casi nunca se celebró el 13 de junio, ya que se estaba en plena siega, de ahí que, junto a la de Nuestra Señora del Carmen (16 de julio), patrona de Mula desde 1606, se trasladase al mes de septiembre, concretamente al día 23. Esta Virgen era festejada con una procesión, a la que debían acudir obligatoriamente los cofrades, y con luchas de moros y cristianos, desaparecidas en 1695 (17).

SAN JUAN BAUTISTA

El culto al Bautista está bastante arraigado en la Comarca. Concretamente, en Campos del Río y en La Puebla de Mula hay sendas iglesias dedicadas a él. La primera población tiene la imagen titular realizada por el escultor murciano Roque López, discípulo de Francisco Salzillo.

De cualquier manera, la fiesta del San Juan es más conocida por su vertiente profana que por la sagrada, por sus hogueras alicantinas que por sus procesiones. Por eso, hemos agrupado en varios apartados los ritos que se hacían en esa mágica noche a lo largo y ancho de la Comarca del Río Mula:

— Las hogueras eran corrientes en las aldeas y campos; en torno a ellas



Un plato con una «torta de semillas».

saltaban y cantaban los mozos canciones de talante agrícola, como:

«Madre, cuaja la almendra y la nuez,
Así cuajan los amores cuando
dos se quieren bien.»

— Se pensaba que el agua poseía propiedades mágico-medicinales esa noche, además de su antigua capacidad de purificar. Los habitantes de los pueblos vecinos, acudían a la aldea de Los Baños de Mula, en donde se sumergían en sus aguas termales y pasaban la noche entre risas y cantos. En los campos, se dejaban al raso los animales para que se empapasen del rocío. Lo mismo se hacía con la ropa.

— No obstante lo dicho, la noche de San Juan es noche de augurios y brujas, de amores y desengaños. Del extenso ritual adivinatorio comarcano, hemos seleccionado lo siguiente: los cascotes de una cebolla servían para predecir el tiempo del año venidero. Una vez cortados doce de ellos, se ponían en una ventana con un poco de sal en su interior. A la mañana siguiente, el que más agua tuviese dentro correspondería al mes más lluvioso y el que menos al más seco.

Las «cardonchas» o flores de cardo borriquero, una vez recogidas la tarde de la víspera por la zagala y achuscarradas, servían para conocer el nombre del mozo que correspondía

ría a la muchacha. Para ello, se colocaban bajo un mueble o cama tantas como muchachos le gustaban. Al día siguiente, la que amaneciera florecida sería la del enamorado.

— En Albudeite, la muchacha ponía bajo la almohada un haba de siete granos, ya que creía que, así, soñaría con el hombre que sería su marido.

— Se daban otros tipos de ritos esa jornada. También en Albudeite había la costumbre, existente en España e, incluso, en Europa, de curar las quebraduras de los niños. Para eso, a las doce de la noche, bajo el arco formado por una higuera verdal joven, un Pedro y un Juan, o una María y un Juan, pasaban a los herniados, diciendo:

«Tómalo Pedro, dámelo Juan
herniado te lo doy,
sano me lo devolverás.»

Se creía que las abejas libaban en plantas venenosas, como la adelfa, que rechazaban normalmente.

Por último, se decía que cualquier árbol plantado ese día, sobre todo las higueras, crecería sin dificultad.

EL CORPUS

Es la única ocasión del año en que se muestra públicamente por las calles la hostia consagrada. La primera población de la Comarca en celebrar esta fiesta, instaurada para afirmar la presencia de Dios en la Sagrada Forma, refutando, así, a los protestantes, que lo negaban con disquisiciones teológicas, fue Mula. Seguramente, comenzó la devoción a principios del siglo xvi. Los vecinos de la villa tenían la obligación de limpiar y adornar la carrera de la procesión, que estaba enramada con juncos pagados por el concejo, y hacer varios altares en los que descansaba el cortejo, el cual solía ser acompañado por danzas de gitanos o de moriscos (18).

Luego de este día venían las fiestas mayores de los pueblos, que, sin excepción, seguían el calendario agrícola (entre septiembre y octubre). Antes, en San Agustín, el 28 de agosto, se había intentado adivinar el tipo de año venidero, si sería o no bueno cerealísticamente. El día de este santo, llamado el «Cabañuelón», si había amanecido raso, el año sería bueno, y, paradójicamente, malo, si llovía.

Las fiestas mayores estaban y están desprovistas de originalidad. Sólo en el caso de Mula, se salvaba la del Niño Jesús, pues tanto en su romería de «bajada» de la imagen a Mula, el 8 de septiembre, como la de «subida»

a su ermita a tres kilómetros de la ciudad, el 22 del mismo mes, disparaba tiros al aire con arcabuces una soldadesca con grados militares, que fue prohibida alrededor de 1800 por el rey Carlos IV.

El resto de esas conmemoraciones en las aldeas y villas tiene el denominador común de la uniformidad: procesiones, verbenas, casetas de juguetes, artilugios para montarse, etc., de ahí que no merezcan mayores comentarios.

Los dos o tres meses finales del año, sólo verán fiestas muy poco significativas. En el primero de noviembre, Día de los Santos, en La Copa de Bullas había la costumbre de «ganar el jubileo». Consistía en entrar y salir de la iglesia para rezar tantas veces como difuntos hubiese en la familia. Además, en otros pueblos se encendían pequeñas lamparillas, llamadas «mariposas», que flotaban en cuencos con aceite, dentro de las casas, para que con su luz guiasen a los difuntos en el más allá, a la vez que servían como recordatorio de los mismos.

El último día de ese mes, San Andrés, las muchachas de Albudeite recogían limones verdes y los guardaban, pues creían que les protegían de los resfriados todo el año.

El ciclo se cerraba con Santa Lucía, el 13 de diciembre; durante esta jornada, en algunas poblaciones, devotas de la santa con problemas en la vista hacían panes dulces que llevaban al templo. Una vez benditos, los daban a trozos entre los asistentes a la misa para hacerles partícipes de la materia sacralizada.

De este modo concluye el estudio del ciclo festivo de una comarca que, Carmelo Lisón pensaba que, junto con otras de España, podía constituir una subárea cultural y debía ser investigada en su conjunto (19). Así lo hemos hecho desde el punto de vista de la fiesta, aunque hay comportamientos culturales que han quedado en el tintero y serán objeto de otros trabajos.

NOTAS

- (1) CARO BAROJA, Julio: *El Carnaval*, pág. 147. Madrid, 1979.
- (2) Según consta en el primer libro de cuentas y cabildos de la Cofradía de las Animas, el de 1772-1835. Archivo Parroquial de Albudeite (desde ahora APA).
- (3) MUCHEMBLED, Robert: *Culture populaire et culture des élites dans la France Moderne (XV^e - XVIII^e siècles)*, pág. 73. París, 1978.
- (4) KLEIN, Julius: *La Mesta*, págs. 71 y 444. Madrid, 1979.
- (5) Archivo de la Real Chancillería de Granada, 1598/5. Sentencia de 7-XII-1487.

(6) Archivo Municipal de Mula (desde ahora A. M. Mula). Copia de una sentencia de 1526, realizada a fines del siglo XVIII. La original se da en La Puebla de Mula el 7-XII-1526.

(7) *Opus cit.*, págs. 339-344. Madrid, 1979.

(8) En el acta capitular de 29-I-1603 del A. M. Mula se lee «que de tienpo inmemorial a esta parte en la proçesion que se haze en esta villa el dia y fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, el Ayuntamiento desta villa lleva en ella candelas encendidas en honra de la dicha fiesta y proçesion de la Candelaria...».

(9) *Opus cit.*, pág. 26.

(10) A. M., Mula: Documentos del Marqués de los Vélez. Auto de buen gobierno de 14-II-1600.

(11) Act. cap. de 3-IV-1574. A. M. Mula.

(12) Constitución sexta de la Hermandad de la Sangre de Cristo del libro «Constituciones de la Hermandad y Cofradía de la Sangre de Cristo Nuestro Señor Redentor en la villa de Albudeite (1772-788)», APA.

(13) El 14 de abril de 1696, el alcalde mayor dice lo siguiente en un auto de buen gobierno: «... y que en este tiempo de Semana Santa no anden por las calles ni de noche ni de dia personas algunas vestidas con tunicas de nazarenos o penitentes de la sangre si no fuere en las ocasiones de las procesiones y llevando

insignias de hachas de cera (...) pena de dos dias de carcel publica y de quatro reales aplicados para las hermandades a que su merced los destinase...» A. M. Mula. Documento del Marqués de los Vélez. Esta información ha sido facilitada por don José Boluda Guillén, a quien damos las gracias.

(14) Esta ceremonia de adornar la plaza se remonta, como mínimo, a la segunda mitad del siglo XVIII, como se puede ver en cualquiera de las cuentas del libro de la Hermandad de las Animas de la parroquia de Albudeite, ya citado.

(15) En el municipio de Albudeite, estos credos se rezaban el 25 de marzo, día de Nuestra Señora de la Encarnación. Antes de comenzar el rezo, la mujer decía: «Apártate de mí Satanás, que no tienes parte en el alma mía, que el día de la Encarnación cien credos y cien avemarias recé a la Encarnación del Hijo de Dios.»

(16) Act. cap. de 15-VIII-1595. A. M. Mula.

(17) A. M. Mula: Documentos del Marqués de los Vélez. La primera mención se encuentra en el acta capitular de 14-VIII-1634, en la que se dice «...la fiesta de nuestra señora del Carmen en la que a de aber toros y abra moros y crisitanos...».

(18) La danza de 1626 costó 120 reales y la de 1684, 800. Acats. caps. de 31-V-1626 y de 23-V-1684. A. M. Mula.

NARRIA

estudios de artes y costumbres populares

**Edita: Museo de Artes y Tradiciones Populares
Facultad de Filosofía y Letras
U.A.M.**

Si desea recibir contra reembolso los números de **NARRIA** a medida de su aparición rellene los siguientes datos:

Apellidos Nombre

Dirección

..... Localidad Teléfono

El precio de cada número será de: **250 ptas.**
SUSCRIPCION POR UN AÑO: **1.000 ptas.**